

la libertad es la dicha, la razón, la igualdad, la justicia, la declaración de los derechos del hombre. ¿Queréis que yo la reconozca, que caiga á sus piés, que dé toda mi sangre por ella? Abrid las cárceles á esos doscientos mil ciudadanos á quienes llamáis *sospechosos*; pues, en la declaración de derechos, no hay casas de sospechosos; no hay más que casas de detención; no hay gentes sospechosas, no hay más que detenidos por delitos fijados por la ley. Se ha dicho que es necesario dejar el terror á la orden del día, yo, por lo contrario, estoy cierto que la libertad se consolidará, y será vencida Europa,



DE PASTORET

niendo en sus puestos á tan funestos hombres, Ahora bien, todas las responsabilidades que exigía Philippeaux eran debidas á la justicia, pero Robespierre no se podía entregar á sus enemigos á cuyo frente iba á ponerse ahora Collot de Herbois á quien los jacobinos hicieron un gran recibimiento.

Difícil era la situación de Robespierre, quien por un momento llega á personificar la causa del orden y de la organización social, pues si de un lado estaban Robespierre y el terror organizado y sistematizado, del otro estaba Collot con los asesinatos, los fusilamientos, los baños y la diosa Razón. Robespierre, pues, por la fuerza de las cosas se sentía de nuevo empujado hacia los hebertistas para defenderse de los dantonistas, de Fabre de Englantine, de Philippeaux y de Desmoulins. Pero de todos el más comprometido era este último.

Creían los hebertistas que Camilo había caído en su poder, pues habiendo maltratado á Robespierre, imaginaban que éste no había de defenderle, pero

si tuvierais un comité de clemencia, éste sería el comité que acabaría la revolución.» Este número celebrísimo de un diario que ya no debía tener más que otro número, puso fuera de sí á Robespierre por su inoportunidad. Precisamente en el momento en que Camilo personificaba la cuestión citando nominalmente á Robespierre, á quien le pedía que fuera clemente, Robespierre se veía duramente atacado por Philippeaux que denunciaba en un escrito todo lo que había pasado en la Vendée, la traición de Ronsin, la incapacidad de Rossignol y la torpe conducta del Comité de salvación pública mante-

Robespierre no estaba más que irritado contra su amigo de quién se temía toda clase de inconveniencias, pero no traiciones ni maldades; así tan pronto le vió amenazado en los Jacobinos que acababan de jurar amistad eterna á Ronsin y á Vincent, se dispuso á protegerle y esto que Camilo se comprometía cada vez más. Pero como Philippeaux mantuviera cuantos cargos había dirigido contra Ronsin y Rossignol, los jacobinos antes de resolver determinaron que una comisión informadora diera dictamen sobre los hechos denunciados.

En la Convención todo se inclinaba nuevamente del lado de los ultraterroristas. Robespierre condenaba á los que acusaban lo hecho por los patriotas de Lyon. Barere decía que Desmoulins favorecía sin quererlo á los contrarrevolucionarios. Así, ni Robespierre, ni Barere, ni Billaud, pudieron entenderse sobre la organización que debía darse al comité encargado de poner en libertad á los patriotas presos por equivocación, y estos fueron los que pagaron las rencillas y las exaltaciones. El Comité de

Justicia no solo no se organizó, sino que la Convención volviendo sobre su acuerdo lo suprimió. El terror, pues, volvía por sus antiguos carriles libres ahora de todo obstáculo.

Camilo se creyó, sin embargo, con fuerzas para detenerlo. El día 5 de Enero publicó el quinto y último número de su diario. En este número Camilo llega al heroísmo. Si en el tremendo trance de su muerte hubiera demostrado el valor que dió pruebas al escribirlo, Camilo se contara entre los grandes hombres que han asombrado á la humanidad por su estoicismo.



LARSOURCE

muy pronto más que un solo señor. Es á este señor único á quien yo temo.»

Camilo, sin embargo, se presentó ante los Jacobinos á sostener á su vez cuanto había dicho contra Hebert. Robespierre menor tomó partido por Camilo, pero su hermano, secundado por Danton y por el mismo Collot d'Herbois ahogaron el debate que no podía dejar de tener lugar como así sucedió á los dos días, 7 de Enero de 1794, al discutirse el dictamen de la comisión encargada de informar sobre Philippeaux, Fabre y Camilo. Este solo se presentó, y Robespierre tomó de nuevo su defensa:—«Es un chicho mimado, dijo de él, á quien las malas compañías han extraviado; yo pido que se quemen los números de su diario y que se conserve su persona entre nosotros.

—«Quemar no es responder,—le dijo Camilo.

—«Si tú no fueras Camilo,—le respondió Robespierre irritado,—no se podría tener tanta indulgencia contigo!—¡La manera como pretendes justificarte, me prueba que tienes malas intenciones!»

Barere y Hebert salieron de la pluma de Camilo materialmente deshechos. Al primero por su antiguo moderantismo, y al segundo por sus vicios les pone como mejor no lo hubieran hecho sus más irreconciliables amigos. Y á los jacobinos les decía:—«Se ha dicho en los Jacobinos que friso la guillotina: ¿Y bien, qué?—¿Merece esta vida, pues, que un representante del pueblo la prolongue á expensas de su honor?—¡La libertad de las opiniones ó la muerte!» Y terminaba diciendo á Robespierre á quien continuaba acariciando: «la anarquía, al hacer de todos los hombres señores, les reduce á no tener

Danton intervino para apaciguar á Camilo y á su vez defenderlo, y Robespierre en un nuevo discurso reprendió á la vez á Hebert y á su amigo.

Danton en vano había procurado de Philippeaux y de Fabre que no confundieran con el Comité de salvación pública á los hebertistas. Aconsejábales que contra estos ejercitaran sus acciones pero que se respetase al comité por exigirlo así la conveniencia política. Danton fué desoído, y como la madeja se había ido embrollando, se cortó á la manera de Alejandro.

El Comité de seguridad general mandó prender á Fabre por la noche del 12 de Enero, como comprometido con el delito, por el que hacía tiempo estaban presos Bazire, Chabot y Delaunai, esto es, por haber falsificado un decreto relativo á la liquidación de la antigua Compañía de las Indias, y esto en el momento preciso en que el comité tenía las pruebas en la mano de la inocencia de Fabre. Los autores ó ejecutores de esta iniquidad fueron los miembros moderados ó fuldenses del comité; Amar, Vadier y Voulland.

Danton no podía abandonar á su amigo seguro como estaba de su inocencia, y pidió que se le oyera en la Convención. ¡Nada de privilegios le gritaron! Y Billaud le previno al gran orador que podría traerle perjuicio el querer defender á su amigo. «¡Ay del que se ha sentado al lado de Fabre de Englantine y persista en su error!» Danton se calló.

Robespierre tenía de una y otra fracción rehenes en su poder, y por medio de ellos creía poder llegar á su triunfo. En efecto, cuando el Comité de seguridad general propuso á la Convención el 2 de Febrero que se pusiera en libertad á Ronsin y á Vincent, Danton apoyó la petición, pero sin dejar de defender á Fabre. Para él, era incuestionable que la libertad de los hebertistas suponía la de su amigo; pero se equivocó. Robespierre veía en Fabre su más decidido enemigo personal, el autor del escrito de Philippeaux sobre la guerra de la Vendée, el más implacable adversario, en fin, del Comité de salvación pública. Esto último era tal vez lo que más perjudicaba á Fabre, y en esto se ha de ver la razón de la conducta de Robespierre, quien llegó á amedrantar al mismo comité al pedirles medidas de rigor contra Merlin de Thionville, Dubois-Crance y otros representantes en los ejércitos que no vacilaban en hacer públicos los obstáculos que el comité había puesto al ejercicio de sus misiones á causa del apoyo que en él encontraban los hebertistas. El comité no quiso engolfarse y aplazó la solución.

Todo, pues, parecía ceder ó acceder ante la voluntad de Robespierre. Sólo un hombre, el menos hombre de todos, Camilo, se había sentido con valor para desafiar la situación, pues la prisión de su amigo Fabre le había puesto frente á frente de Robespierre. Un amigo suyo y de la familia, el hijo de un impresor de Brive, un abogado hecho militar quien más tarde había de ser mariscal de Francia y duque, Brune, en fin, se asustó al verle tan acalorado y procuró inculcarle temperamentos de templanza y prudencia, y fué precisamente su mujer, Lucila, la que sostuvo á su marido. «Dejadle, le dijo á Brune, dejadle que cumpla su misión, él salvará su país!»

Fué en esta situación de ánimo cuando Camilo Desmoulins escribió el séptimo número de su diario que no encontró editor y que por rara casualidad se conservó habiéndose publicado en nuestros días. En él Camilo daba rienda suelta á su fogoso carácter y á todos maltrataba siempre con razón y justicia que procuraba hacérsela á Robespierre en medio de las tempestuosas agitaciones de su alma. Su implacable saña no se contenía con el infame Comité de segu-

ridad general que tan complaciente se mostraba á costa de la vida y de la honra de todos.

Tal era la situación, cuando Robespierre enfermó, enfermedad real que se ha querido negar, por no reparar que las enfermedades morales rinden las fuerzas físicas hasta poner por su efecto enfermos sus órganos. Robespierre veía como el jugador de ajedrez todas las piezas de su tablero, las suyas y las de su contrario, y la imposibilidad de ataque alguno sin sacrificios de su parte y se sentía horrorizado ante la magnitud de los que entreveía.

Este momento de debilidad y de angustia fué aprovechado por sus enemigos para perderle. Los hebertistas urdieron una conspiración destinada á levantar las secciones de París para expurgar la Convención, pero llegado el día, fracasó por completo ante la indiferencia general, pero hizo salir de su casa á Robespierre en la que había estado demente todo un mes, del 13 de Febrero al 13 de Marzo, y este mismo día, Hebert, Vincent y Ronsin, fueron reducidos á prisión. Cloutz lo fué al siguiente y con él otros extranjeros para dar precisamente color á la conspiración extranjera, y Chaumette lo fué después, aún cuando no había tomado parte en la tentativa insurreccional del 6 de Marzo.

Ahora era para Robespierre cuestión de acabar y para ello quiso asegurarse haciendo prender á Hérault de Sechelles como uno de los de la supuesta conspiración y sobre todo, por haber dado asilo en su casa á un acusado de haber querido emigrar. La verdadera razón era la de tener sujeto á Danton para el proceso de los hebertistas y de los estafadores. Chabot, Bazire y Delaunai y su supuesto cómplice Fabre, fueron decretados de acusación. Danton, pues, quedaba avisado.

El día 21 de Marzo se abrió el proceso de los hebertistas, el día 24 eran llevados á la muerte; Hebert, Vincent, Ronsin, el holandés Koch y el prusiano Cloutz que no se cansaba de gritar al pueblo durante el tránsito que no le confundieran con la canalla con que le habían juntado.

Robespierre había terminado la mitad de su plan. Para realizar la otra mitad las fuerzas le abandonaban.

Con la muerte de Hebert y la prisión de Chaumette los exagerados, los energúmenos quedaban destruidos para siempre.

Ahora podemos preguntarnos si es que en realidad tenían sus exageraciones y sus planes de revolución social algún fundamento sólido, es decir, alguna de estas desilusiones que todas las revoluciones producen y que son causa de las exageraciones de

las que por su temperamento están imposibilitados de transigir con las circunstancias.

La Convención en medio de una lucha política tan desenfrenada, cuando á ninguno de sus miembros le podía sonreír la idea de consagrarse al estudio de una cuestión de principios, porque no tenía seguridad de lo que hoy principiaba á estudiar no lo diera por sabido el otro día la guillotina, la Convención desde el mismo funesto 2 de Junio principió su obra de reorganización de la sociedad civil.

Lakanal el 26 de Junio presentaba á la Convención su plan de instrucción pública, menos vasta que los de Talleyrand y Condorcet en los que entendieron la Constituyente y la Legislativa, pero más práctico. Lakanal sentó el gran principio de la *instrucción gratuita para toda aquella parte de la enseñanza que ha de ser común á todos los hombres*. Lakanal, pues, es el fundador de la enseñanza primaria, gratuita y obligatoria. Su sistema de enseñanza era casi el que luégo se ha llamado de enseñanza mútua, y debe notarse que no se distinguía entre sexos, punto capitalísimo que tardó muchos años en ser adoptado por las naciones más ilustradas de Europa.

Respecto de la enseñanza media y superior la preocupación ó el fanatismo político hizo que se aplazase. En aquellos días se creía que se pecaba contra la igualdad estableciendo tres grados en la enseñanza.

El Museo del Louvre lo inauguró la Convención para conmemorar el 10 de Agosto, el 10 de Agosto de 1793 al són del himno de Mehul y de Chenier conocido con el nombre de «la partida» *le Depart*. La telegrafía aérea, los inventos de Chappe fueron protegidos por la Convención que veía la posibilidad de mandar en un cuarto de hora un parte desde París al ejército del Norte. La unidad de pesos y medidas, la invención del sistema métrico es su obra; la fundación de un conservatorio nacional de música se hizo á propuesta de Chenier. En otro orden de ideas la Convención reglamentó el reparto de los bienes comunales entre todos los habitantes domiciliados cualquiera que fuera su sexo y edad. Los bosques se exceptuaron. Estableciendo la ley sabiamente que parte alguna del patrimonio comunal repartido no podría venderlo su nuevo propietario hasta pasados diez años, no pudiendo tampoco dentro de este lapso de tiempo ser embargado por deudas. Con esta ley se creó una numerosa y nueva clase de propietarios que convirtieron en tierras de labor las que antes estaban perdidas para todo cultivo productivo.

La facultad de testar se abolió para el caso de que el padre tuviera hijos, y la Convención decretó como principio absoluto, el del reparto igual de bienes entre los hijos. Las substituciones, cuando no se trataba de un menor inmediato, fueron abolidas.

Para codificar el inmenso número de leyes que Francia tenía se nombró una comisión compuesta Cambaceres, Treilhard, Bertier, Merlin de Douai y Thibaudeau, dándole tres meses para cumplir su trabajo. Al mes leía ya Cambaceres su obra, y la Convención pudo consagrar á su estudio sesenta sesiones, no todas las necesarias para impedir la injusticia de que tuviera que sufrir la revolución que su obra legal fuera luégo conocida por el mundo con el nombre de Código Napoleon.

«Fué, pues, la Convención la que reorganizó la familia y la propiedad, conforme los principios del espíritu moderno.

»Si en algunos puntos, sobre todo, en lo que se refiere á la condición de las mujeres, no se dió satisfacción al espíritu moderno,» la culpa la tiene,—dice Martín,—el hombre que puso su mano en la obra de la Convención.

Una de las reformas que la reacción puso más empeño en destruir fué la del calendario. Sólo el mezquino espíritu de una Iglesia que ya no vive de ninguna idea grande, pudo asustarse de que se diera á la humanidad al fin su calendario, su calendario que ha de reaparecer cuando la democracia se implante definitivamente en Europa, pues de momento comprendemos que ciertas coincidencias impidan su adopción.

Romme y Fabre de Englantine fueron los reformadores.

Romme, decía en nombre de la comisión de reforma. «El 21 de Setiembre de 1792, la Convención nacional pronunció la abolición de la monarquía; este día fué el último de la monarquía; debe, pues, ser el último de la Era vulgar y del año. El 22 de Setiembre, se decretó el primer día de la república, y en ese mismo día el Sol llegaba al verdadero equinocio de otoño.

»De esta suerte, la igualdad de los días y de las noches era señalada por el cielo, en el momento mismo en que la igualdad civil y moral era proclamada en la tierra por los representantes del pueblo francés.

»Ese concurso de tantas circunstancias imprime un carácter religioso á la época del 22 de Setiembre que ha de ser una de las más celebradas en las fiestas de las generaciones futuras.»

Romme, luégo de haber establecido el fundamen-